

## Algunos factores condicionantes del desarrollo de la personalidad

JOSAFAT ALCALDE\*

Vamos a tratar de algunos factores condicionantes del desarrollo normal de la personalidad. Y lo haremos desde el punto de vista de la Psicología evolutiva. Ahora bien, la Psicología evolutiva asegura que aunque la personalidad se va cristalizando paulatinamente a través de las diversas fases de la evolución, desde el nacimiento hasta rebasada la adolescencia, los primeros años de la vida son especialmente decisivos para el logro de una personalidad equilibrada<sup>1</sup>. Por eso limitaremos nuestras reflexiones al período que va del nacimiento a la preadolescencia.

\* Doctor en Pedagogía, Catedrático de Psicología Evolutiva de la *Universidad Pontificia de Salamanca*. Dirección: *Avda. La Salle s/n. Tejares-SALAMANCA*.

<sup>1</sup> Concretamente del nacimiento a los seis años, como lo ha demostrado sobradamente el Psicoanálisis. Por eso que no podemos estar de acuerdo con la afirmación de que *«es más fácil ser padre de un niño pequeño que no de uno que ha superado los diez años»*. (Boletín del Instituto de la Juventud, Editorial, n.º 197, febrero, 1973, p. 1.). En realidad, es precisamente en ese período anterior a los diez años cuando se echan las bases si no definitivas —y en esto discrepamos de las exageraciones del Psicoanálisis— sí decisivas para la estructuración de la futura personalidad. De ahí la fragilidad y trascendencia de esas edades iniciales, y la necesidad que tiene entonces el niño de exquisitos educadores. Sabemos que en estos momentos son los padres, y el ambiente familiar que ellos crean, casi los únicos educadores del niño. En este sentido aceptamos, aunque también con ciertas reservas, las siguientes afirmaciones de un conocido psicólogo contemporáneo: *«Entre los seis y los doce años —nosotros diríamos desde el nacimiento hasta los doce años— período durante el cual los padres tienen efectivamente, o se los arrogan, todos los derechos, e imponen al niño sus puntos de vista por la fuerza, en tanto que el niño edifica sus imágenes y reacciona con sentimientos que no puede expresar, por falta de libertad para ello, se forjan los sentimientos violentos que se manifestarán mucho más tarde, cuando las fuerzas del niño hayan aumentado, cuando de los catorce a los dieciocho años posea la superioridad física y se inicie entonces lo que yo llamo con toda propiedad la expiación de los padres. Cuando tienen dificultades con su hijo mayor o con su hija, los pa-*

No hay que perder de vista, por otra parte —y es éste otro dato que subraya la Psicología evolutiva— que si bien en la estructuración de la personalidad desempeña un papel importante la maduración, es mucho más trascendental el que corresponde al ambiente afectivo en que viven y se desarrollan el niño y el adolescente. Este es, en definitiva, el principal responsable de la evolución normal o patológica de la personalidad.

Seguiremos, pues, al niño a través de las distintas fases de su proceso evolutivo deteniéndonos en los problemas más interesantes que, desde el punto de vista educativo, presenta cada una de ellas. Destacaremos tan sólo algunos, sin pretender agotar la materia, lo que nos llevaría demasiado lejos.

#### 1. EL NIÑO EN LOS DESEOS INCONSCIENTES DE LOS PADRES

Nada diremos, aunque mucho podría decirse, de la problemática del niño y de su educación ya desde el período prenatal. Durante esos meses de gestación en los que los padres pueden esperar al hijo con los más encontrados sentimientos que determinarán necesariamente el modo de acogerle en el hogar, e influirán, de forma más o menos inconsciente, en el trato y educación ulteriores. Cosa que no pasará inadvertida al niño, gracias a ese fenómeno un tanto misterioso, pero real, que se ha llamado la *comunicación de los inconscientes*<sup>2</sup>.

De todos modos, parece ser éste el momento de recordar la importancia que tiene para la educación de los hijos el que los padres adquieran clara conciencia de la dignidad y santidad del matrimonio, y de la grandeza y sublimidad de la paternidad que hace al hombre colaborador e instrumento de Dios en la transmisión de la vida y en la santificación y salvación de los hombres. Realidades de las que tal vez no estén convencidos prácticamente muchos pro-

*dres no imaginan que están 'pagando' todo lo ocurrido cuando el muchacho o la joven tenían de seis a doce años. Además, es muy difícil dárselo a entender, ya que, generalmente, han olvidado todo lo que sucedió en dicho período. El propio niño lo ha olvidado y no hace más que vivir sus sentimientos y expresar los mecanismos de reacción que se construyeron en aquel momento».* (R. MUCCHIELLI, *La personalidad del niño*, Editorial Nova Terra, Barcelona, 1966, p. 149).

<sup>2</sup> Cf. G. MAUCO, *Psicoanálisis y educación*, Ed. Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1969, pp. 35-43.

genitores, por no disponer de tiempo y oportunidades para reflexionar sobre ellas.

## 2. LA FAMILIA Y EL NIÑO

Nace el niño. Y nace dentro de una familia. Hemos nombrado a la familia, y la hemos nombrado ex profeso. Porque la familia es, debe ser al menos, la gran educadora del niño. Nada ni nadie podrá suplirla en esta labor. Y esto, no sólo durante los primeros años de la vida en que el niño no se relaciona prácticamente más que con sus padres; sino también durante todo el período en que el muchacho cursa estudios primarios o secundarios en un centro educativo del tipo que sea.

Es un grave error el creer que, llegado el momento, lo que importa es buscar un buen colegio, unos buenos educadores, y que se ha cumplido así con el más urgente, sagrado e intransferible de los deberes. El mejor colegio, los mejores educadores, no pasarán nunca, en circunstancias normales, de ser meros auxiliares de los padres en la tarea de la educación de los hijos. No podrán, ni deberán convertirse en suplentes de ellos. Nos referimos siempre a circunstancias normales.

Obligación, podría decirse exclusiva, del colegio, es asegurar la instrucción de los muchachos. Y los padres se lo pueden exigir con todo derecho. Es cuestión de justicia conmutativa. Pero la instrucción es sólo una parte de la educación, que es un fenómeno mucho más complejo. Hacer del niño un hombre cabal y un cristiano responsable, que en eso consiste en síntesis la educación, es derecho y deber primordial de la familia, y sólo misión subsidiaria del colegio como colaborador de aquélla. Sobre la familia recaerá siempre y directamente la responsabilidad de la educación del niño. Podrían no existir colegios; sin embargo seguiría vigente e ineludible la obligación de los padres de educar a los hijos.

## 3. LA DÍADA MADRE-HIJO

Existe un período dentro de las fases de la evolución sobre el que conviene fijar la atención un momento. Es el primer año de la vida. Durante el mismo vive el niño en perfecta simbiosis con la madre; duerme, se alimenta y empieza a ejercer una elemental actividad sensorial.

Mas, sobre todo, el lactante es particularmente sensible durante todo este primer año al afecto que recibe de la madre o de su sustituto, cuando falta aquélla. Tanto es así, que la carencia parcial o total de afecto materno pueden ocasionar en el niño un conjunto de trastornos alarmantes. SPITZ los ha sintetizado con las expresiones *depresión anaclítica*, cuando esa carencia es parcial, y *hospitalismo*, cuando es total. En ambos casos la evolución del niño se siente profundamente afectada pudiendo desembocar en el marasmo y la muerte <sup>3</sup>.

Normalmente esta fase termina con el destete, acontecimiento que, si se realiza de forma violenta y no aceptada por el niño, puede representar en la vida de éste la primera frustración, capaz de ejercer una influencia negativa en la evolución de su personalidad. Se habla, en efecto, del complejo de destete, originado en el choque psicológico que se produce en este momento.

En consecuencia, el niño sigue apeteciendo la leche materna sin resignarse a renunciar a ella. Pero al no poder conseguirla ya, se ve obligado a renunciar a este objeto determinado cargando el acento, en compensación, exclusivamente en el deseo de algo indeterminado. Se originaría así una actitud peculiar que se manifestaría en forma de exigencia y avidez ante toda clase de objetos. Tendríamos un caso de perturbación en el desarrollo de la personalidad <sup>4</sup>.

Aparte esto, el destete significa siempre el segundo paso que da el niño en su progresiva y necesaria independización de la madre. El primero lo dio en el nacimiento <sup>5</sup>. Significa también, y sobre todo, el ingreso en una nueva fase de la evolución. Suele de-

<sup>3</sup> Cf. R. SPITZ, *De la naissance à la parole. La première année de la vie*, P.U.F., Paris, 1968. Sobre todo el capítulo XIV: Les maladies de carence affective chez le nourrisson. Cf. también, del mismo autor, *El primer año de vida del niño. Génesis de las primeras relaciones objetales*, Ed. Aguilar, Madrid, 1970. Sobre todo el capítulo XII: Trastornos de carencia afectiva.

<sup>4</sup> Cf. CH. BAUDOUIN, *L'âme enfantine et la Psychanalyse*, Delachaux et Niestlé, Paris, 1954, T. I., pp. 107-125.

<sup>5</sup> El tercero lo dará al conquistar la marcha, el cuarto al ingresar oficialmente en la escuela, el quinto, al aparecer la pubertad, el sexto, con la mayoría de edad y el matrimonio. Es necesario, para que la evolución sea equilibrada, favorecer esos diversos pasos y aceptar, por parte de los padres, de las madres sobre todo, el hecho de que los hijos se vayan independizando de ellos. No se puede pretender que los muchachos y las muchachas sean eternos «críos». (Cf. G. MAUCO, *o. c.*, pp. 45-65, en donde se describen los efectos del «paternalismo» y del «materialismo»).

nominársela *primera infancia*. Se extiende hasta el tercer año. Durante todo este período el niño se perfecciona en la prensión y manipulación de los objetos, domina paulatinamente la marcha, que se hace autónoma hacia los tres años, y está empeñado en la adquisición del lenguaje.

#### 4. ACTIVIDAD LÚDICA Y DESARROLLO

Hay que hacer aquí dos observaciones importantes en relación con el tema de la evolución normal de la personalidad. La primera es que el niño tarda bastante en manipular con relativo dominio los enseres de la escritura y el dibujo. No hay que tener, pues, excesiva prisa porque aprenda a leer y escribir, cosas que suelen realizarse simultáneamente. Se tiene que dar tiempo al tiempo sin forzar la naturaleza. En instrucción, «perder tiempo» es ganarlo en muchas ocasiones. Existe una edad de madurez para la lectura, escritura y cálculo que podemos colocar, en líneas generales, hacia los cinco-seis años. Sería éste el momento óptimo para iniciar al niño en estos aprendizajes, sin torturarlo con esfuerzos perfectamente inútiles, y, lo que es peor, perturbadores de su desarrollo armónico.

¿Pues qué ha de hacer el niño desde que aprende a andar y hablar hasta estas edades? Sólo una cosa: jugar. El juego es la vocación del niño en este período. El niño tiene ahora necesidad biológica y psicológica de jugar. El juego espontáneo, el movimiento, es para él un medio indispensable de desarrollo tanto físico como psíquico. Mediante el juego, y en general mediante la actividad motora, logra el niño el dominio de sus movimientos, se afirma y confirma, adquiere la confianza en sí mismo, condición indispensable para la conquista de la autonomía, la iniciativa y el sentimiento del propio valor.

No se debe, pues, frenar esta necesidad vital del niño. Hay que favorecerla más bien por todos los medios. El niño que no juega, que no se mueve, que no perturba de algún modo el ambiente con su actividad, es un niño problema, o con problemas.

Una palabra acerca del miedo, que puede aparecer ahora en el niño. Y es la segunda observación que queríamos hacer. Sobre este particular ha escrito José María Pérez Lozano unas páginas

bellísimas en *Diario de un padre de familia*<sup>6</sup>. Aquí sólo diremos que, en contra de lo que se ha venido asegurando, en el niño no existen miedos específicos, miedos innatos: miedo a la oscuridad, a los animales, etc. El miedo, se afirma, no nace con el niño; nace en el niño. Es consecuencia de sus experiencias desagradables. Pero también se transmite, cuando se le asusta por juego o conveniencia. Se sabe igualmente que el niño se contagia con el miedo de las personas que le rodean, en especial con el de la madre.

Asustar al niño, infundirle miedo so pretexto de que sea «más bueno» o formal, de que se esté quieto, o simplemente de que nos deje en paz, es antieducativo. El miedo irracional a seres o cosas inexistentes es un factor perturbador de la normal evolución de la personalidad.

##### 5. EL PRIMER DESCUBRIMIENTO DEL YO

El niño acaba de cumplir los tres años. Con ello ha dado un paso serio en su proceso evolutivo. Ha ingresado en una nueva fase: la *segunda infancia*, uno de los períodos más delicados y decisivos para la cristalización de su personalidad<sup>7</sup>. Se extiende hasta los seis años.

Se abre esta fase con un acontecimiento de trascendental importancia: el descubrimiento del yo. El niño, que hasta ahora se había confundido con las cosas, advierte de pronto que es algo distinto de ellas. Se descubre a sí mismo. Esto acarrea una consecuencia grave, o al menos interesante. Una vez descubierto su yo, el niño tiende como de instinto a afirmarlo, a afirmarse. Y el niño, como el adolescente, se afirma oponiéndose. Aparece así un período típico de oposición, negativismo, desobediencia, en el que el niño se vuelve difícil, parece encontrar especial placer en desobedecer, en decir *no*. Y lo encuentra efectivamente, porque por ahí conquista la independencia y la confianza en sí, exactamente lo mismo que con el juego o actividad motora.

<sup>6</sup> Cf. José María PÉREZ LOZANO, *Diario de un padre de familia*, Ed. P.P.C., Madrid, 1959, pp. 56-59.

<sup>7</sup> Para el Psicoanálisis sería éste el período verdaderamente interesante, una especie de primera adolescencia, en el que, de algún modo, se decidiría el futuro del hombre, en cuanto a la estructuración de la personalidad. (Cf. A. COLETTE, *Introduction à la Psychologie dynamique*, Bruselas, 1963, pp. 101-110).

Se diría que el niño juega o desobedecer y que también este juego, como el motor, estimula su evolución. Se trata, en el fondo, de una crisis de independencia semejante a las que se darán en la adolescencia. Aquí radica el aspecto positivo de la misma.

No quiere decir esto que el niño tenga que salirse siempre y necesariamente con la suya. Hay que saber el significado de esta crisis para comprender el comportamiento del niño. Pero al mismo tiempo débese oponer una tranquila resistencia a sus antojos y caprichos. Se le debe habituar, ya desde ahora, a la frustración, y no acostumbrarle a que sus enfados se vean finalmente satisfechos. Es una forma de educarle y prepararle para la vida.

Hay que evitar las frustraciones al niño para no acomplejarle. ¿Qué valor tiene esta afirmación? Conviene distinguir entre frustraciones y frustraciones. El niño tiene ahora, y durante toda su evolución, una necesidad vital de afecto y seguridad. Si no puede saciarla se siente frustrado en lo más profundo de su ser; vive una frustración. Esta frustración sí que resulta acomplejadora y perturbadora de la sana evolución de su personalidad. Pero la frustración subsiguiente a un antojo o capricho pasajeros insatisfechos está muy lejos de acomplejar al pequeño, sobre todo si se le explica y justifica el porqué de tal insatisfacción. Estas frustraciones son absolutamente necesarias para no convertir al niño, sin darse cuenta hasta cuando la cosa no tenga ya remedio, en un pequeño tirano doméstico o social.

#### ● *La curiosidad infantil*

Con la entrada en la *segunda infancia* se despierta en el niño una curiosidad insaciable de conocer el porqué y el para qué de las cosas. Tal curiosidad se pone de manifiesto en las innumerables preguntas con que pone a prueba la paciencia del adulto, de los padres. Pregunta y vuelve a preguntar.

Conviene recordar que en esta curiosidad infantil se apoya la palanca de la instrucción. No se la debe sofocar. Hay que fomentarla contestando siempre, lo mejor que se pueda, diciendo siempre y en *todo* la verdad. Decimos en *todo*. Por consiguiente también cuando se trata de las preguntas que indagan el origen pro-

pio y el de los otros niños. Y aquí, la verdad, tratándose de estas edades, es que los niños proceden directamente de las madres <sup>8</sup>.

Por el amor y el bien de los hijos hay que desterrar para siempre las feas mentiras con que se ha querido encubrir en otros tiempos nuestro verdadero y maravilloso origen. ¡Cuántas torturas habrían ahorrado muchos padres a sus hijos si hubiesen sabido decirles a tiempo la hermosa y tranquilizadora verdad de su procedencia!

El día en que un pequeño formula espontáneamente ese tipo de preguntas, que lejos de ser temidas tienen que ser ansiosamente esperadas y gozosamente recibidas, es una de las fechas más decisivas para la evolución de la personalidad del muchacho. Porque de la reacción de los padres en ese momento, y del modo de contestarlas, dependerá en buen parte, y no creemos exagerar, el que el pequeño conozca un desarrollo sereno y tranquilo o perturbado y tormentoso.

Lo importante en todo esto es que los padres no se extrañen cuando los hijos les formulen estas preguntas, ni les pongan mala cara, ni les contesten con el silencio, evasivas o mentiras, ni mucho menos les reprendan diciéndoles que ésas son cosas que no se preguntan o que ya las entenderán cuando sean mayores. Sería éste un medio infalible para que el niño empiece a perder la confianza en sus padres desde muy temprano, como por desgracia ha ocurrido en muchos adolescentes y es de temer esté ocurriendo con los muchachos que en estos momentos están a punto de franquear el umbral de la adolescencia <sup>9</sup>.

El niño debe tener la seguridad de que a sus padres se les puede preguntar toda clase de cosas, de que siempre hallará en

<sup>8</sup> «*Recuerdo perfectamente* — escribe un adolescente de dieciséis años— que apenas aprendí a hablar (seguramente es un poco exagerado), pregunté de dónde venían los niños. Me dijeron que de Dios. Y al pedir a quién se los entregaba Dios, me contestaban que al médico. Y al preguntar cómo podía el médico ver a Dios, me decían que me callase y que no pensase en ello. Increíble. Pero me acuerdo perfectamente de eso a mis cuatro, cinco o, a lo más, seis años. Cinco seguramente». (Carlos ALCALDE, *La iniciación sexual vista por los adolescentes*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 1968, p. 27).

<sup>9</sup> He aquí, en este sentido, el testimonio de una adolescente que escribe recordando su infancia: «*Cuando tenía cinco o seis años, vino a casa una señora embarazada. Yo le dije a mamá que si iba a tener un niño aquella señora ¿Por qué lo preguntas?, me dijo. —Porque tiene la barriga hinchada, le respondí. Me dijo que no dijera tonterías y no me aclaró más. Perdí la confianza en ella*». (Carlos ALCALDE, o. c., p. 146).

ellos una acogida cariñosa y le dirán sinceramente la verdad. De lo contrario se les irá cerrando poco a poco y buscará en otra parte la fuente de información para sus dudas.

Hay que tener en cuenta que sea cual fuere la actitud que se adopte ante las preguntas del niño se salta del campo estrictamente psicológico en que se formulan —el niño pregunta por pura curiosidad intelectual— al terreno pedagógico. Querámoslo o no, nos encontramos ante auténticos problemas de educación <sup>10</sup>.

● *¡Amor y seguridad!*

Los problemas más serios del niño entre los tres y los seis años son los de tipo afectivo. Está comprobado —y ya hemos hecho alusión a ello— que para desarrollarse normalmente tanto en el plano físico como en el psíquico, el niño necesita de afecto, es decir, tiene que sentirse amado. Esta necesidad es tan imperiosa o más que las de alimento y movimiento, que son las dos otras grandes necesidades de la infancia. La presencia y el contacto físico y espiritual de la madre le son absolutamente necesarios. No puede suplirse con nada ni con nadie, como lo manifiesta el caso de los niños que, por la fuerza de las circunstancias, han de

<sup>10</sup> Véase si no fue, en efecto, un problema de educación, y, además, un problema grave, el que se planteó en el siguiente caso. Dice así el protagonista, un adolescente de 15,4 años: «*Del origen de los niños me enteré a los 9 ó 10 años aproximadamente. Recuerdo que me lo dijo una niña de mi misma edad que todavía creía en los Reyes Magos. A cambio de su información yo le conté el secreto de los Reyes. Fue un verano, en un pueblo de Asturias. Esa misma noche se lo pregunté a mi madre, quien, con gran apuro, me volvió a mentir con lo de la cigüeña*». Queda claramente planteado el problema. Las consecuencias de esta actitud desacertada de la madre las comenta así el propio protagonista al cabo de cinco o seis años: «*A mí... me hizo mucho daño el que mi madre no me aclarase la duda a su debido tiempo... Después del error de mi madre de volverme a mentir, pregunté a amigos, consulté libros, por fin hablé con un sacerdote quien me aclaró todas las cosas. Por desgracia me falta confianza con mis padres*». Este no es un caso insólito. En una u otra forma se repite con frecuencia con las mismas protestas por parte de los adolescentes y con parecidas consecuencias. He aquí, por ejemplo, cómo se expresa una muchacha al relatar el modo como se informó de la parte del padre en la procreación: «*Me lo dijo una criada. Yo se lo dije a mamá y ella intentó engañarme diciendo que todo era mentira. Naturalmente, yo me di perfecta cuenta de que mi madre menta; pero ella creyó que me había convencido*». Como en el caso anterior siguen las reflexiones: «*¿Cómo se puede tener confianza con una madre que miente en cosa así? Nunca hay que mentir en estas cosas. Lo único que se consigue mintiendo es que la niña pierda confianza con la persona que la miente*» (Carlos ALCALDE, o. c., pp. 29-31).

ser educados en medios afectivamente neutros, o poco menos, como las instituciones benéfico-asistenciales <sup>11</sup>.

Por lo mismo, el niño es ahora particularmente sensible a la disminución supuesta o efectiva del afecto de que ha gozado con exclusividad durante un período de tiempo más o menos largo. Tal sucede, respecto del primogénito, con la venida de un hermanito, sobre todo cuando aquél ha disfrutado durante mucho tiempo de los privilegios de la primogenitura. Dígase lo mismo de los benjamines cuando dejan de serlo al aumentarse la familia.

Los cuidados que requiere el recién nacido, al absorber más o menos la atención de la madre, pueden ser interpretados por el hermano mayor, en estas edades, como señal de disminución, cuando no de privación, del afecto materno, que él, en su radical egocentrismo, reclama con exclusividad, sin poder compartirlo con otro. Se llega así a considerar al hermano menor como rival que viene a arrebatarse el afecto materno que tanto se necesita. De ahí el que no sea raro el ver surgir entonces envidias y celos del mayor al menor, fenómeno que se ha denominado *complejo de Caín* <sup>12</sup>.

Consecuencia de este complejo, cuya existencia es innegable, es que el niño «acomplejado» adopte un comportamiento raro y difícil, propio de los estadios ya superados de la evolución. En términos psicoanalíticos experimenta una regresión. Enuresis nocturna, anorexia, onicofagia, succión del pulgar, lloros, etc., son manifestaciones diversas del mismo y único fenómeno —envidias y celos del mayor al menor— mediante las cuales se pretende atraer la atención de la madre y recuperar el afecto que se creía disminuido o perdido.

En tales condiciones, no sería lo más acertado corregir el comportamiento difícil del niño mediante el castigo, del tipo que sea. Con ello sólo se lograría reforzar el conflicto y empeorar la situación. El niño llegaría por ahí al convencimiento de que verdaderamente está de sobra y que ha sido realmente desplazado por el rival de su hermano. Lo que el pequeño necesita entonces es recibir pruebas más manifiestas y palpables de afecto. Sentirse doblemente amado. Y, como en todos los estadios de la evolución,

<sup>11</sup> Cf. R. SPITZ, obras y capítulos citados en la nota 3.

<sup>12</sup> Cf. Ch. BAUDOUIN, o. c., pp. 19-28.

ser comprendido por los padres, que harán muy bien en asociarle a los cuidados de su hermanito para superar más fácilmente el conflicto<sup>13</sup>.

Junto a la necesidad imperiosa de afecto, el niño experimenta otra no menos urgente: la de sentirse seguro. Dicha necesidad queda satisfecha cuando se siente verdaderamente amado. Pero la vive también cuando en su alrededor las cosas se suceden con orden, si los cuidados y atenciones que necesita, las comidas, el levantarse y el acostarse, todo, se realiza con la regularidad de un rito, a las mismas horas, en el mismo sitio, del mismo modo y por las mismas personas.

Esa necesidad de tierra firme en que apoyar los pies con seguridad, factor indispensable para que la personalidad del muchachito se desarrolle sin sobresaltos, se satisface también, y tal vez sobre todo, cuando las relaciones de los padres con él son modelo de equilibrio. No hay cosa que desconcierte tanto al niño ahora, y más adelante al adolescente, como la inconstancia de los padres y educadores en sus exigencias frente a ellos. Los cambios repentinos de humor, el reír ahora una gracia y castigarla después, el aprobar hoy como bueno lo que mañana se censurará como malo, en una palabra, la contradicción en el modo de obrar del adulto, desorienta al niño y subleva al adolescente<sup>14</sup>.

#### ● *Relaciones parentales y seguridad infantil*

Siempre dentro de esa necesidad vital de afecto y seguridad que experimenta el niño en estas edades, hay que pensar en la trascendencia que tienen, para la estructuración equilibrada de

<sup>13</sup> Cf. P. OSTERRIEHT, *Psicología infantil*, Ed. Morata, Madrid, 1970, pp. 120-122. Cf. también, del mismo autor, *El niño y la familia*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1964, passim.

<sup>14</sup> He aquí cómo se expresa Carlos, el protagonista de la novela de MARTÍN VIGIL, *Cierto olor a podrido*. Habla con un sacerdote, y después de trazar el retrato nada halagüeño, por cierto, del padre, añade: «*Con mi madre no hay nada que hacer... No se la entiende... Mi madre es una pura contradicción... Es inconstante, caprichosa, desconcertante... Igual te pega que te abraza. Cuando crees que te va a echar una bronca, te mete veinte duros en el bolsillo y te dice: 'Anda, anda, déjame en paz'. Y cuando estás más tranquilo, te arma un griterío por una insignificancia... Pregunta una cosa y luego se olvida por completo. Da una orden y al día siguiente da la contraorden. Un día te come a besos, y, otro, te trata a patadas. Cuando habla ya no sabe uno si está diciendo o está contradiciendo*» (José Luis MARTÍN VIGIL, *Cierto Olor a podrido*, Editorial Juventud, Barcelona, 1962, pp. 38-39).

la personalidad, las relaciones de los padres entre sí. Y ahora nos referimos al aspecto negativo de las mismas, ya que el positivo no plantea problemas.

Si el niño tiene la desgracia de desarrollarse en un hogar donde los conflictos matrimoniales son constantes y profundos, si es testigo de riñas y discordias entre los padres, no seguidas de perdón y reconciliación verdaderos, vivirá, de hecho, en un estado de tensión angustiosa casi permanente, en una actitud de alarma ante la menor elevación del tono de la voz, o ante el más leve signo de enojo de uno de los padres. Esto le llevará de modo más o menos inconsciente, pero real, a tomar partido por uno de ellos, con la consiguiente actitud de enemistad, cuando no de odio, hacia el que considera injusto o culpable de su angustiosa situación.

Y es bueno tener en cuenta que la hipersensibilidad del muchacho o de la muchacha para captar las reacciones paternas se va intensificando al compás de su desarrollo. De este modo, aunque los padres quieran ocultar sus conflictos entre sí a la vista de los hijos, éstos perciben perfectamente, es más, viven, ese clima de desarmonía conyugal, lo que producirá en su inmadura personalidad un impacto muy difícil de borrar o de corregir. Y esto, aun en el supuesto de que esa situación conflictual cambie en el futuro radicalmente <sup>15</sup>.

<sup>15</sup> Esto es, por lo demás, lo que está probando a diario la práctica psicoterapéutica —en opinión de los propios psicoterapeutas— y lo que José María de Sagarra ha sabido reflejar bellamente en su obra *La herida luminosa*. Oigamos cómo se expresa el hijo del desgraciado matrimonio que se nos presenta en este drama: hablan el hijo y la madre:

MADRE.—... *¿Qué sabes tú, criatura, qué sabes de mis responsabilidades?*

HIJO.—*Más de lo que tú crees... Yo he sido niño en esta casa. Ese niño que porque parece todavía tan poco, y porque está siempre ahí, acaba desgastando todas nuestras cautelas... Hace diez años...*

MADRE.—*Diez años... sí. ¡Diez años! ¿Es que quieres que desandemos todo este camino; que olvide que eres mi hijo... y que te cuente con toda crudeza...?*

HIJO.—*Quiero que seas sincera... Nada más.*

MADRE.—*Sí... Fue entonces cuando llegó el momento en que la conducta de tu padre ofendió tan duramente mi dignidad, que nuestra vida íntima fue imposible entre nosotros... Sí... Yo exigí una separación dentro de casa... Secreta, pero radical; sin escándalos, sin sospechas de ninguna clase de cara a la gente.*

HIJO.—*Lo sé... Te podría especificar detalles...*

MADRE.—*No me obligues a desenterrar tanta miseria.*

HIJO.—*No desentierro nada... Porque lo he tenido siempre vivo, presente en mí. Acaso es la raíz de esta vocación mía... y no sé si de esta enfermedad que angustia mi corazón de vez en cuando... Tenía yo trece años. Recuerdo*

Hay que pensar, además, en que la desarmonía conyugal, intuida o vivida por el niño, repercute, de hecho, negativamente, en el rendimiento escolar, por motivos fácilmente explicables. Así, en una investigación de Lanmerman se ha hallado una correlación de 0,63 entre rendimiento escolar y armonía familiar. La más alta después del factor nivel intelectual de los padres, que tendría una correlación de 0,77 con dicho rendimiento. Tan cierto es que muchos fracasos escolares tienen su causa más profunda en conflictos de tipo afectivo. Basta, muchas veces, con solucionarlos, para que mejore el rendimiento escolar.

*mi miedo de niño que abría los ojos ante una cosa horrible. El llegaba tarde a casa, tal vez había bebido... Yo le oí cómo llamaba a tu puerta... Primero, con un poco de violencia... Luego, con un tono de súplica, diciéndote palabras que helaban el cuerpo. Porque con insistencia desesperada —sin altivez, madre, sin reparo de orgullo— te pedía que le perdonases. Y todavía oí algo más fuerte: oí su llanto, ¿me comprendes? ¡Su llanto de verdad! Tú no sabes lo que es, madre mía, que una criatura de trece años oiga llorar a su padre así... ¡como yo le oí llorar! Y que su madre no diera un paso hacia esa puerta... como si se hubiese vuelto sorda... Como si se la hubiera olvidado todo... todo lo que no fuera su dignidad herida o su rencor... No fue sólo aquella noche. Siguiéron otras muchas... El dormía entonces en su despacho. Entraba en él, pero al cabo de un rato se le oía pasar por el corredor. Yo saltaba de la cama, entreabría la puerta... para oír... No sé las veces que se repitió la escena de las súplicas, el llanto... y tu silencio. Hasta que llegó una noche en que ya no se acercó a tu puerta y te dejó dormir tranquila... Pero yo continuaba oyéndole, ahí dentro. Y sus gemidos, a solas, eran ya para mí como una obsesión... Alguna vez me acerqué hasta aquí, donde estamos nosotros, descalzo, ¿comprendes?, aguantando la respiración; y sentía un deseo tremendo de entrar en esta habitación... de decirle algo de consuelo... algo que me dictara mi inocencia escandalizada... Pero no me atreví: óyelo... ¡Porque te tenía miedo! ¡Porque tú me dabas miedo, madre mía! ¡Porque me daba miedo tu imponente seguridad! ...Y volví a la cama temblando de cobardía ...y de frío. Después, en la mesa, os observaba... Me creíais distraído... Y él intentaba mirarte... hasta con timidez... hasta ensayando una sonrisa... Pero no vi nunca que tú le respondieras y le alentaras... Hasta que su cara se fue endureciendo y vistiéndose de indiferencia. Entonces ya no sé si era odio o resentimiento ...o, simplemente pena, lo que tenía en sus ojos... Así acabasteis acostumbrándome a la comedia de la buena educación... ¡Y desengañándome del mundo; si el mundo era aquel nido de alacranes dentro de un frasco de cristal» (José María de SAGARRA, *La herida luminosa*, Segunda parte, Cuadro tercero).*

Hasta aquí José María de Sagarra. Por su parte, Unamuno, en la novela *La tía Tula*, pone en boca de Gertrudis estas acertadísimas palabras dirigidas a Ramiro, padre de tres hijos y viudo, que dejaba demasiado al descubierto sus instintos delante de éstos: «Los niños lo comprenden todo; más que nosotros. Y no olvidan nada. Y si ahora no lo comprenden, lo comprenderán mañana. Cada cosa de éstas que ve u oye un niño, es una semilla en su alma, que luego echa tallo y da fruto» (Miguel de UNAMUNO, *La tía Tula*, Salvat Editores, Madrid, 1968, cap. VIII).

● *Situaciones complexuales*

Existen dos fenómenos íntimamente relacionados con la afectividad infantil, en este momento, a los que la Psicología evolutiva concede importancia considerable: el descubrimiento del sexo, de las diferencias sexuales, y el complejo de Edipo.

En la exploración que el niño va realizando de su cuerpo, llega un momento en que descubre la región genital, con la consiguiente tendencia a centrar su atención e interés en esas zonas, y a jugar, parece ser éste su verdadero sentido, con los órganos que acaba de descubrir, por el placer que puede encontrar en ello.

No hay por qué alarmarse de esa tendencia del niño ni atribuirle la importancia que evidentemente no tiene, por más que, tal vez exageradamente, se haya hablado de una primera masturbación. Habrá, sí, que distraer al niño de esa acción y procurar que ocupe las manos en otras actividades para que no adquiera prematuros hábitos viciosos. Nunca se le dirá que «eso» es una cosa sucia, y menos aún mala. A lo sumo, se le podrá explicar que llevar las manos a esas partes es mal educado, exactamente lo mismo que hurgar la nariz con los dedos, cosas ambas que no verá hacer a las personas mayores. Pero es preciso que, efectivamente, no las vea hacer.

Sobre todo, habrá que cuidar con esmero de la moralidad y costumbres de las personas extrañas a la familia, niñeras y criadas, a cuya custodia se confían los niños, quizá demasiado alegremente<sup>16</sup>.

Es también éste el momento en que el niño, sumamente curioso y observador, se percata de las diferencias existentes entre los sexos. El varón advierte que no está constituido anatómicamente como la niña, y ésta, que no lo está como el varón. De aquí se ori-

<sup>16</sup> Quiero traer aquí la declaración de un adolescente que habla basado en su experiencia personal. Dice así: «*Lo que considero ...más perjudicial es lo siguiente. El niño, desde que sabe andar, es dado, por decirlo así, a la custodia de una criada. Si la criada es mujer buena, no pasará nada. Si no es recta, el niño se enterará de cosas que no sabe a qué conducen, pero que producen placer. Para mí, es la mayor barbaridad que un niño de corta edad sea dejado en manos de una criada joven o de una mujer que no sea recta y no tenga ningún parentesco con él. Esas cosas que el niño ha aprendido las irá practicando, y cada vez tendrá más pasión; y cuando se entere del fin de ellas, entonces considero que viene lo peor. Por tanto, no dejar al niño con la criada solos, aunque es bastante difícil*» (Carlos ALCALDE, o. c., p. 102).

gina cierta sorpresa acompañada de turbación y desconcierto tanto en uno como en otra, y de un choque que puede comprometer el desarrollo equilibrado de la personalidad infantil.

Se habla, con tal motivo, y éste sería el choque a que aludimos, del complejo de mutilación. Se da tanto en el niño como en la niña. Esta, al compararse con aquél, llega a creer que verdaderamente le falta «algo», que ha sido mutilada. El niño, al compararse con la niña, se considera más aventajado por tener «algo» de lo que ella carece, pero no sin cierto temor de perderlo, como lo ha perdido la niña, en la fantasía infantil. Dicho temor puede convertirse en obsesión si, como sucede a veces, se le amenaza con amputaciones, de jugar con esas partes <sup>17</sup>.

De ahí el que sea prudente hacer ver al niño que las diferencias anatómicas entre los sexos es algo del todo natural, y querido por Dios. Y que deba evitarse cuidadosamente el aludir a posibles amputaciones para corregir al niño de la tendencia a que nos hemos referido.

Hemos mencionado también el complejo de Edipo, del que todo el mundo habla hoy con mayor o menor conocimiento de causa. ¿Qué es, o en qué consiste exactamente este complejo? Se trata, en síntesis, de un conflicto de tipo afectivo, inconsciente, que experimenta el niño entre los tres y los seis años, consistente en el amor exclusivo a uno de los padres —el de distinto sexo— acompañado de un sentimiento de antipatía, repulsa y rivalidad hacia el progenitor del mismo sexo.

Se asegura, en efecto, que a partir del tercer año, y debido a su creciente independencia, el niño llega al descubrimiento de que su madre tiene una existencia propia; que es algo distinto de él. Al mismo tiempo se percata de que no ocupa únicamente el centro de la existencia materna, que el padre desempeña un papel importante en dicha existencia, que la madre reparte también su afecto con él.

Pero el niño necesita poseer a la madre con exclusividad, porque compartirla y dividirla con el padre equivale, en el absolutismo de los sentimientos infantiles, a perderla, y, por lo mismo, a perder la propia seguridad, que es tanto como perderse a sí mismo. Esta aspiración del niño se ve obstaculizada por la pre-

<sup>17</sup> Cf. Ch. BAUDOIN, *o. c.*, pp. 59-84.

sencia del padre que se transforma por lo mismo en amenaza para su seguridad y en rival que el niño desearía eliminar. Este deseo, inconsciente, puede expresarse en frases tales como la tan conocida *cuando muera papá nos casaremos*, que vendría a expresar y significar el deseo del niño de monopolizar el afecto materno.

Mas como el niño ama también al padre, al mismo tiempo que le teme y «odia», resulta, en definitiva, que la agresividad que experimenta hacia él la considera culpable y comprometedora de su seguridad por las reacciones que podría suscitar en aquél. De ahí se seguiría una situación de angustia y ansiedad para el niño. Viviría una especie de drama agudo, acosado por el temor de perder al padre amado o al padre rival, al que también ama, y por la ansiedad de verse aniquilado por la pérdida de los seres queridos<sup>18</sup>.

Pero tenemos que consolarnos. El niño que se desarrolla en un ambiente normal, por serlo los padres, que son quienes crean este ambiente<sup>19</sup>, llega a liquidar o superar esta situación conflictiva hacia los seis años. Entonces ama al padre de distinto sexo aceptando su realidad de ser exterior e independiente, sin pretender acapararlo y fusionarse con él de manera adualista. Por ahí acepta también la presencia y los derechos del padre del mismo sexo, al que no puede suplantar.

El problema está en cómo logra el niño superar este conflicto. Aquí no hay más que hipótesis o conjeturas. Una de ellas, la más aceptada, piensa que *identificándose* con el padre rival, que se convierte en *modelo* según el cual se comportará y conformará en adelante. En otros términos, el niño va a buscar en el padre, y la niña en la madre, un objeto de identificación, y se va a realizar como varón, o como mujer, por la imitación del padre, o de la madre. Es el momento en que se va a hacer realidad el adagio de *tal palo tal astilla*.

Si esto es así, las cosas se tornan extremadamente serias y graves para los padres. A partir de ahora, sobre todo, tienen que poder ofrecer a los hijos imágenes dignas de imitación. Desgraciado el niño que no encuentre dichas imágenes en sus progenitores. Sería ésta una de sus mayores frustraciones. Hay quienes intentan explicar la delincuencia infantil y juvenil de hoy por ese cami-

<sup>18</sup> Cf. P. OSTERRIETH, *Psicología infantil*, pp. 112-116.

<sup>19</sup> Ambiente en el que los padres aman por igual al niño, sin chantajes afectivos, sin pretender acapararlo con exclusividad ninguno de los dos.

no: les faltaría a los muchachos objetos de identificación por la dimisión y decadencia de las imágenes parentales <sup>20</sup>.

Sea de ello lo que fuere, la conclusión que se saca de aquí es que, a partir de los seis años, la imagen del padre adquiere para el niño, y la de la madre para la niña, un interés especial. Que deben ofrecer en sus personas modelos auténticamente varoniles y femeninos para que los hijos puedan realizarse como hombres o como mujeres.

## 6. LA ESCOLARIZACIÓN

El niño acaba de cumplir seis años. Apenas estrenados adviene un acontecimiento trascendental en su vida. El más trascendental, en opinión de algunos psicólogos, de cuantos jalonan las etapas de la evolución. Nos estamos refiriendo a la escolarización o ingreso oficial del niño en la escuela <sup>21</sup>.

Con el ingreso del niño en la escuela éste empieza a enfrentarse con las diversas asignaturas o saberes. Primero con las meramente instrumentales: lectura, escritura y cálculo. Más tarde, con las formales.

A partir de este momento, lo que los padres quieren, todos los padres, es que el niño rinda, que saque buenas notas, que conquiste los mejores puestos de la clase. Se diría que, para muchos padres, no existen, en adelante, más problemas en sus hijos que el de las notas <sup>22</sup>. En estas pretensiones de los padres pueden cometerse, y de hecho se han cometido, flagrantes injusticias, lo que no deja de comprometer seriamente el desarrollo equilibrado de la personalidad del niño.

Vayamos por partes. Una de las principales obligaciones de los padres es aceptar a los hijos. No nos referimos, claro está, al aspecto cuantitativo, que no viene al caso, sino al cualitativo.

<sup>20</sup> Cf. G. MAUCO, *La paternité. Sa fonction éducative dans la famille et à l'école*, Editions Universitaires, Paris, 1971, pp. 59-90.

<sup>21</sup> Cf. R. HUBERT, *El desarrollo mental*, Ed. Kapelusz, Buenos Aires, 1959, T. I, pp. 341-348.

<sup>22</sup> «Las notas, las notas. ¿Qué son las notas ante los problemas de uno, ante las soledades, los sufrimientos, las dudas que uno tiene tantas veces?», nos dirá el adolescente Carlos en la novela ya citada de Martín Vigil (p. 31). «¿Cuándo se dará cuenta la gente que se dedica a la enseñanza de que los niños son niños y no niveles intelectuales calculados con pluma y papel?» (Dorothy W. BARUCH, *Un niño difícil*, Ed. Plaza y Janés, S. A., Barcelona, 1972, p. 19).

Quiere decir esto que hay que aceptar a los hijos tal y como son, lo cual no significa que no se pueda y deba hacer todo lo posible por mejorarlos <sup>23</sup>.

Ciñéndonos exclusivamente al aspecto intelectual, puesto que tratamos ahora del rendimiento escolar, aceptar a los hijos tal y como son es, primero, reconocer las limitaciones de su capacidad mental. Después, exigirles lo que puedan dar conforme a esa capacidad y no más, aunque tampoco menos. Eso es lo justo. Lo otro sería injusto y descorazonador, creador de amargos conflictos en el alma infantil. Hay que convencerse de que cada uno tiene sus necesarias limitaciones impuestas por la naturaleza. No se puede, pues, exigir a todos por igual. No querer entender este principio es exponerse a someter a algunos muchachos, a más de los que pensamos, a torturas perfectamente inútiles, perturbadoras del desarrollo de su personalidad.

Esto nos lleva, como de la mano, a un problema de capital importancia en educación: el de las comparaciones. Toda comparación es odiosa, se dice, y debe de ser verdad. Lo es ciertamente, sin ningún género de dudas, de las establecidas entre hermanos y alumnos.

Las comparaciones, ya ahora, en la tercera infancia, de los seis a los doce años, y sobre todo en los años frágiles de la adolescencia, por tener el adolescente un sentimiento mucho más agudo de sí mismo, de su dignidad y personalidad, son funestísimas. Pensemos en que las comparaciones entre hermanos —dejando ahora de lado las establecidas entre alumnos— pueden engendrar en el desfavorecido con ellas, dos tipos de complejos: el de Caín y el de inferioridad.

Creemos que se llega a amargar la vida de un hermano mayor cuando se le compara constantemente con otro más pequeño mejor dotado física o intelectualmente. Creemos igualmente que nada exaspera tanto a un hermano más pequeño como el recordarle continuamente el ejemplo del mayor más dócil o aplicado. Tratándose de un hijo excepcionalmente dotado, al que se propone en todo momento como modelo a los demás hermanos, se puede provocar en éstos sentimientos de envidia impotente y el fracaso es-

<sup>23</sup> Una de las quejas más corrientes entre los adolescentes es la de que no se les acepta tal y como son.

colar. Es claro que con el mismo esmero que las comparaciones entre hermanos, comparaciones del tipo que sean, hay que evitar el aludir con excesiva frecuencia a las deficiencias o fracasos de alguno de ellos ante los demás <sup>24</sup>.

Entonces, ¿qué hacer? Al niño, y sobre todo al adolescente, sólo se le debe comparar con él mismo. Si realmente queremos estimularles a hacer más y mejor, a reaccionar positivamente en los momentos de depresión, desaliento y desaplicación, que obedecen generalmente a factores afectivos, les diremos, por ejemplo: «Recuerda lo bien que te portaste o estudiaste el curso pasado o el trimestre anterior. Mira las buenas notas que entonces traías... Tú puedes hacer más y mejor, ya lo ves...». Pero por nada del mundo les digamos: «¿No te da vergüenza? Mira tu hermano, o tu hermana, o fulano... ¿Y, tú?». Con esto sólo se conseguiría irritarles, exasperarles, hundirles más aún en la pereza o en el fracaso, pero no se lograría hacerles reaccionar positivamente. «¿Qué me importa a mí mi hermano, o mi hermana, o fulano?», sería la respuesta espontánea y natural del muchacho así reprimado <sup>25</sup>.

## 7. LOS AÑOS FRÁGILES DE LA PREADOLESCENCIA

El período que va de los doce a los catorce años, la *preadolescencia*, es una fase del desarrollo sumamente delicada y difícil. Según propia declaración de los muchachos, serían éstos los peores años de la vida <sup>26</sup>. Se trata de un momento de crisis, desequilibrio, turbación y desadaptación inevitables, consecuencia del empuje sexual que de pronto asalta al preadolescente. La crisis es de origen biológico <sup>27</sup>. Pero sus efectos repercuten en toda la psicología juvenil.

<sup>24</sup> Cf. G. MAUCO, *L'éducation affective et caractérielle de l'enfant*, Editions Bourelier, Paris, 1963, pp. 94-96.

<sup>25</sup> A la pregunta, *¿Qué es lo que con más frecuencia te hace poner de mal humor en el trato con tus padres?*, los adolescentes responden (Madre): *Que me ponga a otro por ejemplo; que me compare con otro; compararme con los demás; que me ponga ejemplo de otro; que me crea inferior a los demás.* (Padre) Cuando dice: *«Cuando yo tenía tu edad»* y *«en mis tiempos»*; *que me diga que él, siendo joven, se conformaba con menos; que me hable de «en mis tiempos»; que empiece a recordar sus tiempos pasados...*

<sup>26</sup> Carlos ALCALDE, *La iniciación sexual del niño y del adolescente*, Ediciones del Instituto Pontificio San Pío X, Salamanca, 1967, pp. 19-20.

<sup>27</sup> Es debida, fundamentalmente, a la entrada en funcionamiento de un nuevo sistema endocrino en el que el papel principal corresponde a la

El chico y la chica —ésta antes que aquél— empiezan a experimentar impresiones y sensaciones que les eran totalmente desconocidas. La aparición de los caracteres sexuales secundarios, y la maduración de los primarios, con sus inmediatas consecuencias, no pueden menos de llamar la atención del púber de manera más o menos angustiosa. Una pregunta surge entonces desde el fondo de su ser, pregunta que no siempre halla respuesta adecuada: *¿Qué significan estos fenómenos? ¿Cuál es su porqué y para qué?*

Es absolutamente necesario, si se quiere asegurar el desarrollo equilibrado de la personalidad juvenil a partir de este momento, aclarar a tiempo todos estos misterios. Siendo más explícitos, diremos que hay que explicar a los muchachos y muchachas el significado de los fenómenos pubertarios para tranquilizarlos. La madre que, por lo que fuere, no hablase a tiempo a sus hijas del sentido de las reglas, y el padre que no aclarase a sus hijos, también a su debido tiempo, el significado de las eyaculaciones y erecciones, no podrían quedar tranquilos ni considerarse libres de toda culpa.

No vale adoptar aquí la política del silencio. Con eso no se suprimen los problemas ni la sed de saber de los preadolescentes. Estos, al no recibir las ansiadas aclaraciones de quienes tienen derecho a esperarlas en primerísimo lugar, llaman a otras puertas en busca de soluciones. Es así como el amigo, el libro, la revista, etc., se convierten fácilmente en vehículos de información sexual, turbia, impura, pecaminosa, que deja, no pocas veces, según declaración de los propios adolescentes, un lastre molestísimo y pesado en el alma juvenil. Y esto, aun en el supuesto de que exista posteriormente una ilustración sana por parte de los educadores<sup>28</sup>.

Efecto del abandono de los muchachos a sí mismos frente a estas cuestiones es crear en ellos un carácter lleno de preocupaciones y hacerles vivir en una especie de continuo desasosiego e inquietud, obsesionados por estos problemas que les atormentan

Hipótesis. Esto explica, por sí solo, que la adolescencia, al menos en su primera fase, sea un período de crisis o inestabilidad, como consecuencia del desajuste endocrino que se produce en el seno de la biología del adolescente.

<sup>28</sup> Cf. Carlos ALCALDE, *La iniciación sexual vista por los adolescentes*, passim.

y traen de cabeza<sup>29</sup>. Es, pues, éste, un nuevo factor capaz de desequilibrar la evolución de la personalidad en las puertas de la adolescencia.

<sup>29</sup> Después de esto no podrán extrañar afirmaciones como las siguientes hechas por adolescentes. «¡Cuántas veces he maldecido yo, y muchos que yo conozco, a los que pudiendo explicar estas cosas no lo han hecho por negligencia o por un pudor imbécil. Cuántos pecados se hubieran podido evitar!». «Es criminal y anticristiana la actitud de muchos padres que parecen ignorar las preocupaciones de los hijos, se desentienden de estos problemas, y dejan correr las cosas tranquilizándose con aquello de que 'ya se lo enseñará la vida'. ¡Sí, la vida se lo enseñará, pero a qué precio y de qué manera!» (Carlos ALCALDE, o. c., p. 223). Ambas declaraciones, ya fuertes de por sí, cobran más fuerza aún si pensamos que las explicaciones dadas por los padres no dañan prácticamente nunca a los hijos. Mientras que las recibidas de los amigos que, por lo demás, han constituido la fuente principal de toda clase de informaciones, en la mayoría de los casos resultan perjudiciales, muy perjudiciales, y, a veces, funestísimas. Veamos cómo se expresan los muchachos: «El hecho que me lo explicara mi propia madre le dio un carácter tan sagrado para mí, que no me atrevía a hablar de ello». «El hecho de que me lo dijera un amigo no me ha hecho daño, me ha más que hecho. Llevo toda una vida de pecados encadenados de castidad por su culpa. ¡Y, si pudiera, lo mataba!» (Carlos ALCALDE, o. c., p. 72).